

INTRODUCCIÓN

José Antonio Segrelles Serrano¹

...el destino de una idea nueva se atiene a la siguiente pauta: al principio es absurda; luego, quizá cierta; y finalmente, todos lo sabíamos desde hace tiempo (William James, citado por James Lovelock, en Homenaje a Gaia. La vida de un científico independiente. Pamplona: Laetoli, 2005, p.344)

El origen del libro que el lector tiene en sus manos está en el seminario titulado *A vueltas con la agricultura. Una actividad económica necesaria y marginada*, que organizó y financió el Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”, organismo autónomo de la Diputación Provincial de Alicante. Dicho seminario, celebrado entre los días 28 y 31 de enero de 2008, ambos inclusive, en la Sala “Rafael Altamira” de la Sede Universitaria de Alicante, se estructuró en torno a seis conferencias y una mesa redonda en la que participaron cinco ponentes.

Los conferenciantes, por orden de intervención, fueron los siguientes: Carlos Barciela López (Catedrático de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Alicante), Gregorio Canales Martínez (Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Alicante), Vicente Caballer Mellado (Catedrático de Economía Agraria de la Universidad Politécnica de Valencia), Víctor O. Martín Martín (Profesor Titular de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de La Laguna), José Antonio Segrelles Serrano (Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Alicante) y Cipriano Juárez Sánchez-Rubio (Profesor Titular de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de Alicante).

Como se puede comprobar, se trata de cuatro geógrafos cuyas especialidades abarcan aspectos distintos y relevantes de la Geografía Agraria y Rural, un economista que ha centrado sus investigaciones en la historia y las instituciones económicas y un ingeniero agrónomo que al mismo tiempo es catedrático de economía agraria, es decir, expertos en sus ámbitos de estudio que pusieron de manifiesto las múltiples facetas de una actividad económica tan necesaria como marginada: la agricultura.

Como el fenómeno agrario y sus concomitancias socioeconómicas, ambientales, culturales y políticas no pueden estudiarse desde una única perspectiva, pues los análisis resultarían excesivamente sesgados y parciales, se intentó desde el principio que el seminario propiciara la participación de diversos especialistas y que se erigiera, al mismo tiempo, como una plataforma mediante la que pudieran expresar sus opiniones y experiencias varias personas cuyas vidas y profesiones giran alrededor del mundo

¹ Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Alicante, director del Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL) de la Universidad de Alicante y coordinador del seminario *A vueltas con la agricultura. Una actividad económica y marginada*.

agrario, aunque desde diferentes responsabilidades laborales, a veces conciliables y en ocasiones en franca contradicción, como pudo comprobar el público asistente y ahora puede corroborar el lector.

Por estos motivos, en la mesa redonda, que llevaba por título *¿Podría llegar a desaparecer la agricultura alicantina?*, participaron José Antonio Hueso Marqueño (Director Territorial de Agricultura, Pesca y Alimentación de la Generalitat Valenciana en Alicante), Pedro Montón Aparicio (Ingeniero agrícola y director de la empresa agraria AEPSA), Joan Baptista Brusca Beltrán (Secretario General de la Unió de Llauradors i Ramaders del País Valencia-COAG) y Eladio Aniorte (Presidente de la Asociación Agraria “Jóvenes Agricultores” de Alicante).

El propio título del seminario y ahora de este libro representa una previa declaración de intenciones. No en vano la agricultura es una cuestión recurrente que nunca ha dejado de estar en crisis, que la sociedad la contempla cada vez más como algo lejano a sus intereses y a su modo de vida, que sólo aparece en los medios de comunicación cuando los agricultores protestan, se produce una catástrofe natural o suben los precios de los productos alimenticios para los consumidores, que poco a poco ha ido dejando de ser un objeto de estudio para los investigadores, que la carencia de agua hipoteca su futuro, que está siendo acosada por la falta de rentabilidad y por la expansión urbana y del turismo, que no deja de aumentar su dependencia y subordinación respecto a la industria transformadora y a las grandes cadenas de supermercados.

Es más, la propia evolución de la agricultura española se estudia mediante la sucesión de diferentes tipos de crisis que siempre implican la reestructuración profunda del sector, el abandono de millones de agricultores en aras de la modernidad y el avance de un paso más hacia la desaparición de este aprovechamiento rural tal y como se ha conocido hasta ahora.

A mediados de la década de los años cincuenta entra en crisis la llamada *agricultura tradicional*, es decir, cuando se rompe un modelo secular en el que la agricultura, a la vez que productora, era consumidora de sus propias producciones, no dependía del exterior, puesto que aprovechaba los ciclos biológicos y practicaba el reempleo, y se basaba en la aportación intensiva del trabajo familiar. En este sentido, el modo de producción capitalista propicia un masivo fenómeno migratorio campo-ciudad para cubrir la demanda de mano de obra barata y abundante por parte de la industria urbana. Los agricultores se ven privados de la propiedad de la tierra y de los medios para hacerla producir y sólo les queda su propia fuerza de trabajo, que únicamente encuentra comprador en las fábricas de las ciudades. La industria precisa de este ejército de reserva de mano de obra para que los salarios presionen a la baja y el capital invertido tenga un rendimiento óptimo. En otras épocas históricas y lugares del mundo, para cumplir el objetivo mencionado arriba, se expulsa a los campesinos mediante leyes que cercan los campos y privatizan las tierras comunales.

Con posterioridad, hacia mediados de la década de los años setenta y una vez destruido el modelo tradicional de aprovechamiento agropecuario, la que entra en crisis es la denominada *agricultura moderna*, pues tras un proceso de creciente intensificación productiva, dependencia externa y mercantilización del sector agrario, se produce un deterioro progresivo de las rentas del campo como consecuencia de la divergencia negativa entre los precios que percibe el agricultor por sus productos, que se mantienen estables o apenas aumentan, y los precios que debe satisfacer en el

mercado para adquirir los insumos necesarios para la continuidad de su producción, que cada vez resultan más onerosos. En cualquier caso, esta crisis moderna de la agricultura se da de forma simultánea con una crisis de tipo tradicional, ya que muchos agricultores luchan por la supervivencia modernizando sus explotaciones tradicionales, mientras que otras explotaciones ya modernizadas asisten al deterioro imparable de sus rentas y a una aguda descapitalización que les impide adaptar su explotación a las nuevas y constantes exigencias.

En este contexto crítico, la relación entre los precios percibidos y los precios pagados, que indica la relación de intercambio entre el sector agrario y la industria suministradora de insumos, permite observar el aumento de los costes de la producción agraria no compensado con un incremento paralelo de los precios en origen. La relación de los precios percibidos con el coste de la vida en alimentación, que refleja la relación con la fase de comercialización, demuestra que el aumento de precios al consumo de los bienes alimenticios es absorbido en gran medida por los procesos de comercialización. Asimismo, la relación precios percibidos/IPC general indica que el agricultor ha experimentado como consumidor una considerable pérdida de poder adquisitivo.

Por si esto no fuera suficiente, a partir de la reforma de la Política Agrícola Común (PAC) de 1992 en la Unión Europea (UE) y de los cambios que se produjeron con la Conferencia de Cork (1996) y la Agenda 2000 (1997) y la última reforma de 2003, las nuevas estrategias europeas de desarrollo rural están dando el golpe de gracia al campo español y a sus explotaciones familiares. No se pueden considerar de otro modo las cuotas de producción impuestas, la retirada de tierras o la obligación de mantenerlas en barbecho, la repoblación forestal en antiguas tierras agrícolas, la supresión de cultivos, las ayudas para el abandono de la actividad agraria, el fomento de las jubilaciones anticipadas entre los agricultores e incluso la propia revalorización ambiental y paisajística de los espacios rurales, cuya intención final es otra muy distinta a la que se publicita.

En definitiva, se puede decir que estamos ante una actividad económica marginada desde casi todos los puntos de vista, pero absolutamente necesaria debido a múltiples motivos que en ocasiones no resultan visibles con facilidad. De ahí que el principal objetivo del seminario que ha dado origen a este libro haya sido proporcionar respuestas a algunas de estas motivaciones mediante la inestimable aportación de reconocidos especialistas en diversas facetas de la agricultura y los espacios rurales. Y qué mejor para hablar y discutir sobre la agricultura que optar por un momento en el que acaban de cumplirse 75 años (en 2007) de la publicación de *Los latifundios en España: su importancia, origen, consecuencias y solución*, tal vez la obra más emblemática y conocida de Pascual Carrión y Carrión, eminente ingeniero agrónomo alicantino que elaboró el primer proyecto de reforma agraria en la II República y que con posterioridad, tras ser encarcelado, depurado e inhabilitado después de la victoria de los nacionales en la Guerra Civil, se convirtió en el promotor del cooperativismo vitivinícola valenciano desde su destierro en Requena.

Es cierto que la agricultura ha reducido con el paso del tiempo su participación en la riqueza de las naciones, aunque el proceso es más rápido e intenso en unas que en otras. Por ejemplo, la aportación del sector agropecuario en el Producto Interior Bruto (PIB) de la UE de quince miembros sólo representa el 2 % y únicamente supone el 8 % de las exportaciones y el 11 % de las importaciones comunitarias. Su progresiva pérdida de relevancia económica va acompañada, por el contrario, de una mayor trascendencia social, política, cultural y ambiental impulsada sin duda alguna por las decisiones de Bruselas que utilizan como ariete las sucesivas reformas de la PAC.

Sin embargo, el incuestionable retroceso económico no impide que la cuestión agraria sea un asunto nuclear y de primera magnitud en todas las negociaciones de los

acuerdos comerciales internacionales, y también el motivo de las frecuentes disputas entre diferentes países y bloques económico-mercantiles que precisamente son las que hacen fracasar la firma de posibles acuerdos. Se trata de un sector estratégico que todos los países desean proteger o impulsar. Los más pobres aspiran a que la agricultura se convierta en la base y motor de su posterior desarrollo económico, mientras que los más ricos dicen buscar la dimensión multifuncional y sostenible del campo cuando lo que en realidad hacen es competir de forma desleal en los mercados mundiales subvencionando su agricultura mediante mecanismos de disimulo o conceder ventajas comerciales a las producciones agroalimentarias de los países subdesarrollados para que éstos abran en “justa” reciprocidad sus mercados a los productos industriales y servicios comercializables del mundo próspero.

Desde hace varios años, tanto el discurso oficial de la UE como multitud de estudios científicos abogan en teoría por la necesaria complementariedad e integración entre las actividades agropecuarias y el desarrollo rural. Sin embargo, en la práctica esta disyuntiva entre la agricultura y el desarrollo del medio rural cobra un significado claro y antagónico que profundiza la incompatibilidad de ambos conceptos, pues la UE está implementado políticas que de hecho marginan los aprovechamientos agrarios bajo la bandera de la perentoria diversificación económica de las áreas rurales y el desarrollo rural-local integrado. Muchos investigadores siguen el camino oficial y avalan con sus análisis las directrices de Bruselas, pues apenas se repara ya en la agricultura cuando se habla de desarrollo rural o desarrollo local.

A la luz de la sucesión de los acontecimientos todo parece indicar que a la UE ya no le interesa la agricultura, pues en la pugna establecida entre los distintos intereses enfrentados pueden más los enormes gastos presupuestarios y la generación crónica de excedentes que han propiciado varias décadas de aplicación de la PAC, así como las presiones de los organismos comerciales internacionales, que la mera cuestión agraria, que después de todo tampoco aporta demasiado a la economía comunitaria. De todos modos hay que matizar esta aseveración porque a la UE sí que le interesa la agricultura desarrollada en las empresas agropecuarias de grandes dimensiones, alta rentabilidad y capaces de competir con éxito en los mercados mundiales. Lo que no le interesa son las pequeñas y medianas explotaciones familiares, sobre todo del área mediterránea. En estas unidades de producción es precisamente donde se concentran todos los ajustes de las políticas europeas y donde se ceban las crisis permanentes que acosan a esta actividad.

De todos modos, se debe tener en cuenta que la sociedad ya no demanda del campo sólo alimentos y materias primas agroalimentarias, sino también una serie de bienes y servicios distintos a los estrictamente agropecuarios, lo que motiva un aumento de la complejidad socioeconómica, funcional, demográfica y cultural de los espacios rurales. De ahí se deduce que el mundo rural, donde ha tenido lugar una profunda reestructuración económica durante las últimas décadas, ya no es el mundo exclusivo de la agricultura. En apenas unas décadas el campo ha pasado de ser un factor de producción a convertirse en un bien de consumo, que adquiere valor de cambio y se compra y se vende como cualquier otra mercancía. El capitalismo ha encontrado en los espacios naturales y en el campo la posibilidad de explotarlos para el recreo de los ciudadanos y de los europeos más ricos. Así, produce lugares de ocio que vende y consume como valores de cambio.

La UE defiende un modelo agrario que las autoridades de Bruselas ahora denominan *global*, basado en la agricultura familiar plenamente integrada en el medio rural y donde debe imperar la multifuncionalidad del sector, la protección ambiental, el desarrollo sostenible, el mantenimiento de la población en el campo, la protección social, la preocupación por la salud humana, el bienestar e higiene de los animales y la seguridad y calidad alimentarias. Sin embargo, el sector agropecuario de varios países europeos está sufriendo una realidad bien distinta que margina y empobrece su agricultura y desnaturaliza el campo. No en vano el fomento del turismo rural y el agroturismo, el desarrollo de la artesanía local, la elaboración y venta de productos típicos, la oferta de servicios específicos y la revalorización paisajística y cultural del campo están convirtiendo la agricultura en una actividad meramente residual en los espacios rurales de muchas zonas europeas y españolas. Estas nuevas funciones rurales deberían servir para complementar unas rentas agrarias insuficientes, pero nunca para sustituirlas.

Resulta perentorio que las actividades agropecuarias sigan representando un papel prioritario en el desarrollo rural propugnado por la UE y que estas estrategias “ruralistas” centren sus esfuerzos y recursos en el apoyo a los agricultores y ganaderos familiares. Sólo así se conseguirá mejorar el nivel de renta de los campesinos y, por consiguiente, la supervivencia del mundo rural, que en España acoge al 24 % de la población. El desarrollo rural tiene que apoyarse necesariamente sobre los aprovechamientos que estos espacios ofrecen de forma más natural, es decir, la agricultura, la ganadería y la explotación forestal, pues dichas actividades son las auténticas vertebradoras de la vida social, económica y cultural de las comunidades rurales. Nunca se debería perder de vista que la agricultura sirve para articular el mundo rural, es la garantía de la conservación del medio y la base de nuestra civilización, así como el aprovechamiento que mantiene el entramado socioeconómico de las áreas rurales. Aparte de las razones de tipo social, económico, demográfico, cultural y ambiental, existe el deber de mantener una agricultura familiar rica, dinámica y diversificada que pueda ser legada a las generaciones venideras, ya que se trata de un patrimonio común que hunde sus raíces en la memoria colectiva de los pueblos.

El libro se estructura en siete capítulos que contienen los textos de las conferencias de los seis investigadores participantes en el seminario y las cuatro intervenciones en la mesa redonda denominada *¿Podría llegar a desaparecer la agricultura alicantina?*

En el primer capítulo (*La crisis permanente de la agricultura española. De Pascual Carrión a la Unión Europea*), redactado por Carlos Barciela López, se exponen con rigor los problemas que tradicionalmente han afectado a la agricultura española. El análisis comienza relacionando el luctuoso final de la II República con los problemas seculares del campo y la decisión de acometer una reforma agraria, en cuyo primer proyecto tuvo un papel protagonista el ingeniero agrónomo alicantino Pascual Carrión y Carrión. A continuación, el autor se centra en las condiciones y grandes altibajos que experimentó la producción agropecuaria española durante la larga dictadura del general Franco, haciendo especial hincapié en la potenciación del regadío y sus infraestructuras, el periodo autárquico y la posterior etapa de progresiva apertura y liberalización que supuso la recuperación de los niveles de producción y del consumo alimenticio. En el último apartado se plasman los grandes cambios que para el sector agropecuario español representaron la crisis energética de 1973 y el ingreso de nuestro país en las

Comunidades Europeas (1986), pues la agricultura experimenta una creciente falta de rentabilidad (recibe menos por sus productos y paga más para adquirir los insumos) y vincula su destino a las políticas (PAC) y directrices de Bruselas. La conclusión es que la agricultura constituye hoy un sector totalmente dependiente y subordinado a la cadena agroalimentaria que controlan las empresas agroindustriales y la gran distribución organizada.

En el segundo capítulo (*La lucha por la tierra. Casos comparados de Brasil y España*), Víctor O. Martín Martín desarrolla con acierto un tema arriesgado, tanto por los contenidos como por el hecho de comparar los casos de España y Brasil, pues en ambos casos existe una fuerte impronta de la gran propiedad y una evolución histórica jalonada por diversos movimientos campesinos que en su lucha por la tierra han tenido como norte una reforma agraria. El autor salva con maestría los distintos avatares por los que ha transcurrido la diferenciada historia de los dos países y su desigual grado de desarrollo para centrarse en aquellos aspectos que les son comunes: el injusto reparto de la propiedad de la tierra, las seculares luchas de los campesinos y los intentos de reforma agraria. Además de la exposición perfectamente argumentada de hechos concretos y de rigurosos datos empíricos que confirman sus hipótesis de partida, en ningún momento el autor olvida situarlos en un marco teórico-conceptual de referencia muy bien elaborado donde se centra en el concepto de la *semifeudalidad* en los dos países, apoyándose para ello en el conocimiento profundo de la obra de los principales autores, tanto actuales como clásicos, que han estudiado esta cuestión. El último epígrafe de este capítulo refleja la dura realidad de las agriculturas brasileña y española en la actualidad y la pervivencia de los seculares problemas que han movilizad a sus campesinos, aunque ahora con otro y nuevo enemigo al que enfrentarse: la agroindustria y sus estrategias que conducen al desarraigo de los pequeños y medianos agricultores y a una mayor concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos.

El tercer capítulo (*El cooperativismo agropecuario. Una necesidad perentoria en Alicante, España y la Unión Europea*) es responsabilidad de Vicente Caballer Mellado y en él estudia un tema de importancia capital para el futuro de la agricultura familiar en los ámbitos local, provincial, nacional y europeo: el cooperativismo agropecuario. Se presenta aquí el trabajo en común como un instrumento imprescindible para que las rentas de los agricultores puedan aumentar y, en consecuencia, garantizar su supervivencia como productores y como pobladores de los espacios rurales, aspecto este último de notable relevancia para asegurar una ocupación eficiente del territorio. Sin embargo, el autor insiste en la necesidad de constituir cooperativas de comercialización y no de simple producción, como ha sido moneda corriente de forma habitual, y de abandonar los planteamientos cooperativos de tipo ideológicos, que él juzga anacrónicos, en favor de una visión empresarial, que sea capaz de desarrollar una gestión rigurosa en la que la toma de decisiones y la definición de los objetivos sean racionales desde el punto de vista económico. Aparte de sus comentarios sobre las cooperativas de comercialización, en su exposición aborda diversos aspectos fundamentales: la posible viabilidad del minifundismo agrícola en Europa, la concentración de la oferta de productos agropecuarios, los beneficios empresariales, el beneficio-pérdida invisible, el sistema de márgenes brutos, el salario invisible, las instalaciones y la obsolescencia de los sistemas de venta.

En el cuarto capítulo (*Agricultura, ambiente y desarrollo sostenible*), José Antonio Segrelles Serrano intenta dilucidar las contradicciones que encierran en la

actualidad los conceptos de agricultura, ambiente y desarrollo sostenible, pues existe un palmario dilema entre la necesidad de alimentar a una población que va camino de alcanzar 8.000 millones de habitantes hacia el año 2020 y la degradación ambiental y de los recursos que deriva de la intensificación de las producciones. Para realizar una aproximación a la esencia de estos intereses contrapuestos, en primer lugar se analizan las estrategias ambientales que contienen las políticas agrorurales de la Unión Europea y las falacias que esconden, toda vez que se encuentran divergencias importantes en los discursos oficiales y normativas y la ejecución concreta de unas políticas que dudosamente pueden tener un beneficio ambiental y social. Asimismo, se hace una breve referencia a las características ambientales de la agricultura española, resaltando la singularidad de unos sistemas agrarios únicos en Europa: las dehesas, los cultivos en terrazas y los barbechos en rotación en el cultivo extensivo de los cereales. El tercer y último bloque está dedicado a esbozar la contradicción existente entre ciertos modelos agrícolas (cultivos transgénicos) y el desarrollo sostenible en el campo, ya que de todas formas parece difícil conciliar el respeto ambiental y las necesidades de las generaciones venideras con las exigencias de un modo de producción cuya esencia inmanente es la búsqueda del máximo beneficio en el menor tiempo posible.

El quinto capítulo (*La agricultura y el problema del agua en la provincia de Alicante*) ha sido elaborado por Cipriano Juárez Sánchez-Rubio y en él queda reflejada de manera diáfana la magnitud del problema que la escasez hídrica representa para la agricultura de la sedienta provincia de Alicante. De forma rigurosa y muy completa el autor comienza su exposición con una elocuente síntesis en la que se plasman los riesgos y oportunidades agrícolas que derivan de las características físicas del área de estudio, así como los condicionantes endógenos y exógenos que condicionan el regadío en las comarcas alicantinas, donde se establecen dos modelos de agricultura de regadío: el del litoral, con una elevada potencialidad hortofrutícola y vocación exportadora, y el del interior, con una rentabilidad agraria en las que los recursos hídricos constituyen un apoyo básico e imprescindible. En la segunda parte de esta aportación se realiza un análisis pormenorizado del problema del agua en el que no sólo se ofrecen y explican los datos empíricos sobre los balances hídricos, el consumo, la demanda, la disponibilidad o la optimización del uso del agua en las diferentes zonas agrarias de la provincia de Alicante, sino que también se tienen en cuenta las cuestiones sociales y ambientales que dependen de la disponibilidad de este bien escaso, pues la garantía en el suministro constituye un factor de desarrollo de primera magnitud para el regadío sostenible. Por último, aunque esto no supone una menor importancia, se tiene en cuenta, ante los recurrentes problemas que genera la escasez hídrica, la conveniencia de que el Estado concilie intereses contrapuestos, tome las decisiones oportunas para resolver las controversias y resuelve los conflictos que surgen por el aprovechamiento del agua.

El sexto y último capítulo, donde se recogen las intervenciones de la mesa redonda que cerró el seminario (*¿Podría llegar a desaparecer la agricultura alicantina?*), ha sido escrito por Isabel Gómez Trigueros. Aparte de presentar a modo de preámbulo una necesaria y documentada síntesis sobre las principales características y problemas del sector agrario alicantino, aquí se plasman las opiniones y experiencias de varios protagonistas que de una u otra manera dedican sus esfuerzos al mundo de la agricultura en nuestra provincia y en la Comunidad Valenciana. Tanto para el público asistente como para los organizadores del seminario, esta mesa redonda constituyó una inmejorable fuente de conocimiento y de aproximación a las dificultades y riesgos que

deberá afrontar la agricultura alicantina a corto y medio plazo. Los participantes expusieron con claridad los problemas agrarios más relevantes para los colectivos que representan, y aunque existieron diferencias encontradas entre las posturas de unos y otros, pues el mismo fenómeno se interpretó de diversas formas y se aportaron distintas soluciones para resolver sus aspectos negativos, esto dio lugar a un debate serio y enriquecedor. Sin embargo, no pudo haber más que unanimidad a la hora de valorar las crecientes dificultades de la agricultura alicantina y la necesidad inaplazable de conservar y desarrollar una actividad rural que es algo más que un sector económico, ya que se trata de un patrimonio colectivo de enorme valor cultural, social y ambiental que necesita apoyos y recursos.

Como coordinador de este libro y del seminario *A vueltas con la agricultura. Una actividad económica necesaria y marginada*, quiero agradecer a Joaquín Santo Matas, director del Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”, su amistad sincera, la fuente de enseñanzas que constituyen sus comentarios y valoraciones, el entusiasmo con el que se ha sumado a la propuesta inicial del seminario y todas las gestiones que ha realizado para financiar con generosidad la celebración del mismo. También me siento en deuda con Miguel Ángel Auladell Pérez, director del Departamento de Humanidades y Ciencias del mencionado Instituto, por todas las facilidades proporcionadas. Del mismo modo, no puedo concluir sin manifestar públicamente una vez más la eficiencia, la buena voluntad y el aprecio personal con los que Inmaculada Fernández Salvador y Pedro Saura Ramos han colaborado en las múltiples gestiones que conlleva un evento de estas características, pues sin su desinteresada ayuda nada de esto hubiera podido realizarse.